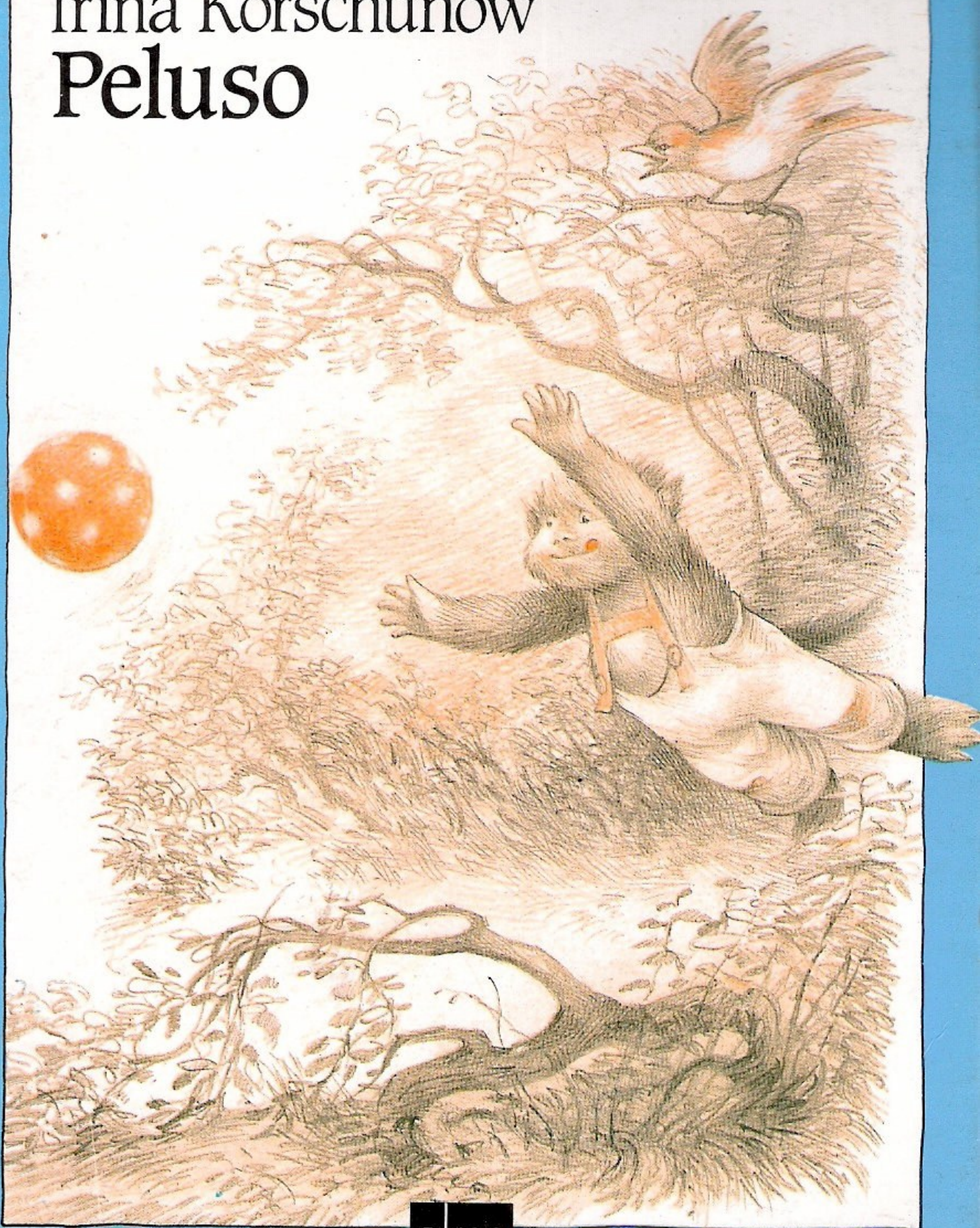




EL BARCO DE VAPOR

Irina Korschunow
Peluso



9^a EDICIÓN

sm

Peluso

Irina Korschunow

ediciones  Joaquín Turina 39 28044 Madrid



ERA un día hermoso y soleado, allá en el país de los Peludos. En el bosque maduraban las frambuesas, y las crías de los pájaros ya empezaban a salir de sus nidos para aprender a buscar por sí mismos el alimento. Era un día alegre.

Sólo Peludo Peluso estaba triste.

En realidad, Peludo Peluso no se llamaba así. Su nombre era Peludo Kale o algo parecido. Pero, como cuando nació

tenía el pelo tan corto, su madre lo llamó *Peluso*: Peludo Peluso. Y con ese nombre se quedó.

Todos los Peludos lo llamaban Peludo Peluso. O Peluso a secas: los vecinos, tía Gruñidos, y hasta el mismo Peludo Bruno, su gran amigo.

Peludo Bruno vivía muy cerca de él. Era un poco mayor y algo más fuerte que Peludo Peluso. Y, además, era su mejor amigo.

Peluso había aprendido muchas cosas de él: cómo saltar por encima de los riachuelos; cómo esconderse de las brujas de la niebla, de los duendes de las cavernas y de los



gnomos de los árboles; cómo pescar; cómo encontrar miel; cómo diferenciar las bayas venenosas de las buenas. ¡Y muchísimas cosas más!

Juntos habían jugado a la pelota. Juntos habían construido cabañas en los árboles del bosque y juntos habían hecho rabiar a las ardillas.

De noche contaban estrellas en el cielo, mientras se reían, se peleaban y volvían a reír, como es habitual entre los buenos amigos.

¡Pero, ahora, los padres de Bruno se mudaban de bosque!



El carro de la mudanza estaba aparcado delante de la casa. Allí, sentado en el suelo, Peluso miraba cómo se iba llenando el carro mientras la casa se iba vaciando.

—¡Quédate, anda! —le decía a Peludo Bruno.

—¡Pero cómo me voy a quedar, hombre! Tengo que irme con mis padres —le decía su amigo, que también estaba muy triste.

Cargaron la última silla y la última caja. Bruno se sentó en la parte trasera del carro de la mudanza. El carro arrancó con él sentado allí, sujetando su gran pelota roja debajo del brazo.

—¡Adiós, Bruno! —gritó Peluso.

—¡Adiós, Peluso! —gritó Bruno; y le tiró la pelota—. ¡Te la regalo!

Luego, el carro con los muebles desapareció entre los árboles y los arbustos.

—¡Bruno! —volvió a gritar Peluso.

Pero sólo se oyó el murmullo de las hormigas deslizándose entre las hojas caídas.

Peluso cogió la pelota roja. La apretó contra su cuerpo con fuerza y, solo, empezó el camino de vuelta hacia su casa. Pisó todos los charcos. Se rasgó el pantalón con las espinas de las moreras.



Y perdió la gorra en una rama.
Pero él no se dio cuenta de na-
da.

Delante de la
puerta estaba tía
Gruñidos.

Tía Gruñidos venía de visita
todos los veranos y siempre se
quedaba demasiado tiempo.





—¡Otra vez llegas tarde, Peluso! —gruñó—. ¡Y cómo te has puesto el pantalón! ¿Se puede saber dónde te has de-

jado la gorra nueva? Todo lo pierdes, criatura. ¡Qué horror!

Peluso corrió hacia su madre.

—Quiero que se vaya tía Gruñidos —le susurró.

—La tía no te dice las cosas con mala intención —dijo la madre—. Y, además, es verdad que vienes muy tarde. ¡Hay que tener más cuidado con las cosas, Peluso! No puede ser eso de perder cada día una cosa...

—Bruno se ha ido —dijo Peluso.

Entonces su madre lo cogió en brazos y lo acarició suavemente.

Más tarde, cuando Peluso ya



estaba en la cama, su madre le contó un cuento que hablaba de las sílfides.

Casi todas las noches su madre le contaba algo: sobre las brujas de la niebla y los espíritus burlones, sobre los gnomos de los árboles y los duendes de las cavernas, y sobre Nock, que vivía en las profundidades del estanque negro.

A veces, Peluso se asustaba un poco y entonces cogía rápidamente la mano de su madre. Pero de las sílfides aladas no había por qué tener miedo.

—¿Qué hacen las sílfides durante todo el día? —preguntó Peluso.

—Ya lo sabes
—contestó su madre—: vuelan. Vuelan sobre los bosques, las praderas y los ríos y se detienen donde más les apetece.

—A mí también me gustaría volar —dijo Peluso.

—Sí, pero es que nosotros no tenemos alas —dijo la madre—. ¡No podemos volar!

—¡Pero es que me gustaría tanto! —continuó Peluso—. Me encantaría poder ver desde arriba los árboles, el río y nuestra casa. Y además, buscar a Peludo Bruno.



—Ahora es mejor dormir un poco —le dijo su madre.

—¿Dónde viven las sílfides?
—preguntó Peluso—. ¿En nuestro bosque?

—En cualquier lugar —dijo la madre—. Ya sabes que las sílfides nunca se dejan ver. Buenas noches, Peluso. Que duermas bien.

Lo acarició un rato y luego apagó la luz y se fue.

Peluso permaneció tendido con los ojos abiertos. Pensaba en el carro de la mudanza que había desaparecido detrás de los matorrales. Pensaba en el bosque por el que, a partir de ahora, tendría que correr solo. Pensaba en Peludo Bruno, y en

tía Gruñidos y en las sílfides aladas.

Cuando finalmente consiguió dormirse, soñó que volaba.

Volaba sobre bosques, praderas y ríos. El viento lo llevaba, lo acercaba al sol y eso era algo realmente bonito.

A la mañana siguiente, Peluso se había olvidado de su sueño.

Se levantó y se puso el pantalón.

Hacía un día radiante, pero él no estaba contento.

Su madre y tía Gruñidos estaban desayunando en la cocina.

—¡Hola! —dijo Peluso.

—¡Se dice buenos días! —le riñó tía Gruñidos—. ¿Te has lavado las orejas?

—No —contestó Peluso.

—¡Pues lávatelas! —replicó tía Gruñidos—. Para oír bien hay que lavarse las orejas todos los días.

—Hace tres días que no me lavo las orejas y oigo perfectamente —dijo Peluso.

Al oír estas palabras, tía Gruñidos empezó a gruñir de verdad. La madre fue entonces a buscar una manopla mojada y le lavó las orejas. Cuando acabó, a Peluso se le había pasado ya el hambre.

—Ahora cómete las tostadas con miel —dijo tía Gruñidos—.



Si no, no crecerás y nunca te pondrás tan grande como yo.

Peluso tiró las tostadas con miel.

—¡No tengo ganas de crecer! —dijo—. ¡No quiero llegar

a ser una tía Gruñidos, mala y grande!

Tía Gruñidos se puso roja de ira y mamá dijo:

—Eres un maleducado. ¡Ya no te acariciaré más!

—¡Ni falta que me hace!
—contestó Peluso.

Cogió su pelota roja y se fue al bosque. Se sentía aún más triste que el día anterior.



Delante de la antigua casa de Bruno cerró los ojos y pensó: «Contaré hasta cinco. Con esta magia, a lo mejor Bruno vuelve otra vez aquí».

Pero Bruno no apareció.

Peluso se sentó en el musgo. Sujetó con fuerza la pelota entre las manos. Y se quedó mirando fijamente los árboles y arbustos entre los cuales se había marchado el carro con los muebles.

Y de pronto, entre un montón de hojas descubrió una puerta





Una puerta grande y verde. Conducía a una pradera llena de flores azules, rojas y amarillas. Al fondo de la pradera había unos abedules.

Peluso se sorprendió. Conocía cada claro del bosque, cada árbol, pero aquella pradera y aquellos abedules no los conocía. Y como era muy curioso, se levantó y cruzó la puerta.

Un dulce aroma inundaba el aire. Olió las flores. Olían a miel. Pasó la lengua por encima de aquellas flores. También sabían a miel. ¡Eran flores de miel!

Estuvo a punto de arrancar un ramo de flores de miel para

su madre. Pero ella ya no le quería acariciar más...

Y, desde luego, tampoco tenía ganas de regalarle a tía Gruñidos un ramillete de flores de miel.

Peluso dejó allí las flores. Atravesó la pradera y fue hacia el bosque de abedules. Llegó a un estanque de agua negra, pero no quiso quedarse allí y siguió su camino.

La luz se filtraba en silencio entre los árboles. Sólo las hojas se balanceaban con el viento.

¡Entonces vio a la sílfide!

Estaba sentada encima de una piedra gris. Escondía la cabeza entre las manos y lloraba.

ESCUELA MUNICIPAL - F-517
Los Avellanos
TEMUCO





Peluso supo enseguida que era una sílfide porque tenía alas. Y si tenía alas, sólo podía ser una sílfide.

Su madre le había dicho que no debía tener miedo de las sílfides.

Peluso esperó un rato.

Luego, se acercó a la piedra y musitó:

—¡Hola, sílfide!

La sílfide levantó la cabeza y lo miró. Tenía el pelo revuelto, igual que él. Pero era transparente. Transparente como el cristal.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Peluso tardó un rato en contestar.

—Soy Peludo Peluso —dijo luego—. En realidad me llamo Peludo Kale, pero me gusta más que me llamen Peluso.

—¿De dónde vienes?

—De allí detrás —y Peluso señaló con el dedo hacia la pradera de las flores de miel—. Pasé por la puerta.

—¿Por la puerta? ¿Has encontrado la puerta verde?

La sílfide se bajó de la piedra y entonces Peluso se dio cuenta de que le faltaba un ala.

—¿Por qué tienes un ala solamente? —preguntó.

—Nock me ha robado la otra —gimió la sílfide—. El malo de Nock, cuando intentaba bañarme en las aguas del estanque negro. ¡Y ahora ya no podré volar más! ¡Nunca más!

Empezó a llorar otra vez.

A Peluso le hubiera gustado acariciarla suavemente. Pero no sabía si se podía acariciar a una sílfide.



Se sentó junto a la piedra y esperó. El sol se iba elevando. El musgo se calentaba y el bosque despedía olor a setas y frambuesas. Peluso pensó en la comida y le entraron ganas de volver a casa.

Entonces la sílfide dijo:

—Ahora entiendo por qué has encontrado la puerta verde: porque tienes que ayudarme.

—¿Yo? —preguntó Peluso sorprendido.

—Sí, tú —continuó la sílfide—. Tienes que ir a donde vive Nock y traerme mi ala.

Peluso se levantó de un salto.

—¿Qué dices? Es verdad que a veces ayudé a Bruno a salir de una madriguera donde se había quedado atrapado o a encontrar su pelota. Pero yo no puedo ayudar a una sílfide. Para eso necesitarás alguien más grande y más fuerte que yo.

La sílfide le cogió la mano.

—Ayúdame, Peluso. Si no, no podré volver a volar nunca más. Y volar es lo más bonito del mundo.

Peluso sintió cómo le latía el corazón.

—A mí también me gustaría volar —dijo.

—Ve a casa de Nock y tráeme el ala —insistió la sílfide—. Cuando vuelva a tener las dos alas, te las prestaré. Entonces podrás volar con el viento, tan lejos como quieras.

Peluso recordó su sueño, y el corazón le empezó a latir con más fuerza aún. ¡Volar! ¡Poder volar sobre los bosques,



las praderas y los ríos! Y buscar a Bruno. Sí, quería volar. Aunque sólo fuese una vez. ¡Solamente una vez!

—Ve a casa de Nock —repetió la sílfide.

—¡Pero si no lo conozco! —respondió Peluso—. Y tampoco Nock me conoce a mí.

—Existen unas palabras mágicas para llamar a Nock —dijo la sílfide:

«Nocknocknock del acuático reino,

Nocknocknock del pantano profundo.

Nocknocknock del estanque negro,

Ven raudo, acude a mi conjuro».

Si dices estas palabras, aparecerá.

Peluso se rascó la cabeza.

—¿Has dicho tú alguna vez estas palabras mágicas?

—¡No! —exclamó la sílfide—. Nosotras le tenemos mucho miedo a Nock. Ninguna sílfide se atreve a llamarlo. Por eso tienes que hacerlo tú.

Peluso volvió a rascarse. Era como si le picase todo el



cuerpo. Su madre solía decirle: «¡Ni que tuvieras pulgas!».

—Primero tengo que ir a casa a comer —dijo—. De lo contrario me gruñirá aún más tía Gruñidos. Y después tengo que ir a coger frambuesas. Pero mañana quizás vuelva.

—¿Me lo prometes? —preguntó la sílfide.

Peluso asintió con la cabeza.

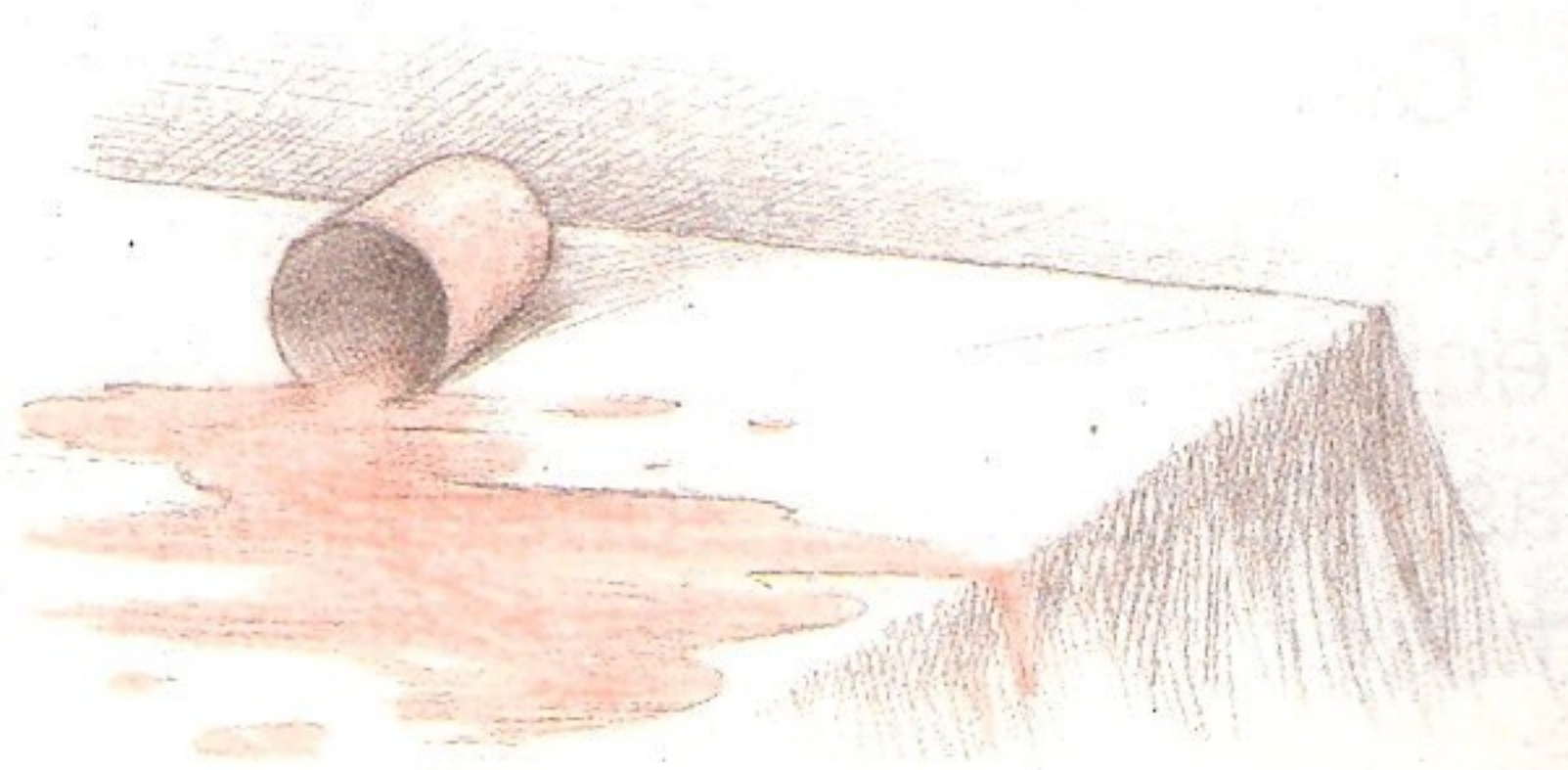
—Y no le digas a nadie que has estado aquí —dijo la sílfide—. Si lo cuentas, no volverás a encontrar la puerta verde nunca más. Nock se quedará con mi ala y tú nunca podrás volar.

Cuando Peluso llegó a casa, sintió un agradable olor a sopa de hierbas. ¡Le encantaba la sopa de hierbas! Enseguida empezó a comer.

—¡No tan rápido! —gruñó tía Gruñidos—. Ya estoy viendo que te vas a poner perdido.

Justo en ese momento Peluso le dio un codazo a la taza. Todo el caldo rojo se derramó por el mantel.

—¿No lo había dicho yo? —gritó tía Gruñidos.



Y la madre dijo, suspirando:
—¿No podremos comer nunca en paz?

Después del incidente, la sopa de hierbas ya no le sabía ni la mitad de buena.

Mientras recogían frambuesas, tía Gruñidos continuó gruñendo por todo: Que si Peluso no trabajaba lo suficiente. Que si estaba continuamente comiendo frambuesas. Que si se dejaba las más gruesas en las matas...

Gruñó y gruñó hasta que Peluso tropezó con una raíz. Su recipiente se hizo pedazos y las frambuesas rodaron por el musgo.

—No importa —dijo la madre riéndose—. Los insectos se pondrán contentos.

A Peluso, aquello no le hizo ninguna gracia. Empezó a pisotear las frambuesas.

—¡Tía Gruñidos tiene la culpa! —gritaba.

Y tía Gruñidos exclamó:

—¡Nunca en mi vida he conocido un Peludo tan torpe y tan maleducado!

«Mañana iré a ver a la sílfide —pensaba Peluso—. Llamaré a Nock, cogeré el ala y volaré hasta encontrar a Bruno. ¡Y me marcharé de aquí!»

Por la noche, en la cama, no tenía ganas de oír ninguna historia. Cerró los ojos y se hizo el

dormido. Su madre lo acarició suavemente. Pero él no abrió los ojos.

A la mañana siguiente, Peluso tuvo que ayudar a hacer mermelada de frambuesas. De pie sobre un pequeño banco y con una cuchara de madera bien sujeta, removía la mermelada en el fuego para que no se quemara. Removió hasta que le dolieron los brazos.

Su madre llegó y le dio un beso.

—Bueno, ya está bien —dijo—. Ya puedes irte a jugar.

—A nadie le hace daño trabajar un poco —murmuró tía Gruñidos.



—¡Tía Gruñidos es mala!
—exclamó Peluso en voz alta.
Inmediatamente se acabaron
las caricias.

Peluso cogió su pelota y corrió hacia la puerta verde. Las flores de miel despedían un intenso aroma. Entre ellas estaba esperando la sílfide.

—Tenemos que darnos prisa
—dijo—. Todavía brilla el sol
sobre el estanque negro.



Cuando caigan las sombras,
Nock se irá a dormir y no te
oirá.

Lo cogió de la mano y lo
arrastró por el bosque de abe-
dules hasta el estanque de
aguas oscuras.

—Éste es el estanque negro
—musitó—. Aquí vive Nock.

Bajo la luz del sol aparecía
el estanque liso y silencioso.
Una libélula zumbaba por en-
cima del agua.



—¿Te acuerdas de las palabras mágicas? —preguntó en voz baja la sílfide.

Peluso asintió.

—¿Y qué le digo yo a Nock? —preguntó.

—No sé —dijo la sílfide—. Ya se te ocurrirá algo. Tú tráeme el ala y podrás volar sobre los bosques, las praderas y los ríos... ¡Por donde quieras!

Y se dio la vuelta.

—¡Quédate! —gritó Peluso.



Pero la sílfide ya había desaparecido.

Allí estaba Peluso solo delante del estanque de Nock.

El agua brillaba como una piedra oscura.

Ninguna ola la movía.

Ninguna rama de arbusto ni de árbol colgaba hacia su superficie.

—Nock —musitó Peluso.

Nada se movió.

—¡Nock! —gritó Peluso más fuerte.



Y después añadió:
«Nocknocknock del acuático
reino,
Nocknocknock del pantano
profundo.
Nocknocknock del estanque
negro,
Ven raudo, acude a mi con-
juro».



Desde las profundidades empezaron a subir unas burbujas que llegaban a la superficie y explotaban. El agua hacía gluglú y apareció una cabeza.

Una cabeza verde, totalmente cubierta de juncos.

—¿Me has llamado? —pre-



guntó Nock haciendo más burbujas en el agua.

Peluso se echó hacia atrás, asustado.

—¿Quién eres? —preguntó Nock, y se acercó nadando hacia la orilla.

Peluso quiso decir quién era, pero no pudo. Nock había empezado a salir del agua. Era grande. Y verde. Y estaba cubierto de juncos...

—¡No! —gritó Peluso.

Intentó escapar. Pero Nock alargó los brazos y lo sujetó con fuerza. Peluso cayó sobre la hierba. Allí quedó tendido. Tenía tanto miedo que apenas podía respirar.

Nock se inclinó sobre él.



—No huyas —dijo—. Quédate conmigo. ¡Me siento tan solo en mi estanque negro!

Y le pasó su dedo verde por encima de la nariz y de la barbilla.

—Me habías llamado. ¿Qué querías?

Peluso miró su cara cubierta de juncos.

Nock no parecía ser malo. Sonrió y a Peluso se le pasó un poco el miedo.

Se levantó y dijo lo que había venido a hacer:

—Me llamo Peluso. Me ha enviado la sílfide. Vengo a buscar el ala que le has robado.

—¿Robado? —gritó Nock—. ¿Será tonta esa sílfide? Yo no

quería robarle su ala. Sólo la quería sujetar para hablar un rato con ella. ¿Por qué huyó?

—Las sílfides te tienen miedo —dijo Peluso.

Nock sacudió la cabeza de tal forma que las gotas de agua salpicaron la cara de Peluso.

—¡Pero si yo no quiero hacer ningún daño a las sílfides! Sólo quisiera sentarme con ellas a la orilla del estanque, y hablar de esto y de lo otro y no sentirme tan solo. ¿Por qué nadie me cree?

Empezó a hacer glu-glú y diferentes ruidos con la boca. Parecía que se iba a echar a llorar de un momento a otro. A

Peluso le hubiera encantado acariciarlo suavemente. Pero no se atrevió.

—Yo también estoy solo —dijo—. Por eso necesito el ala. Si le llevo su ala a la sílfide, podré volar. Por favor, Nock, dame el ala.

—¿Volar? —Nock volvió a sacudir su cabeza—. ¿Para qué quieres volar? Yo tampoco puedo volar y no me quejo. Yo pertenezco al agua, las sílfides pertenecen al aire y tú al bosque.

Peluso quedó pensativo.

—Tengo que buscar a Bruno —dijo después.

Se sentaron a la orilla del estanque y hablaron un rato.



Nock le habló de los peces plateados y del jardín de rosas acuáticas que tenía en el fondo del estanque. Peluso le habló

de Bruno y también le contó las rarezas de tía Gruñidos, y sus continuos enfados, y que su madre ya no lo quería acariciar más.

Nock escuchaba. Los cabellos de juncos le caían por encima de la cara verde.

—¡Pobre Peluso! —exclamó—. Tú estás solo y yo estoy solo. ¿No te gustaría venirte a vivir conmigo a las profundidades del estanque negro?

Al oír estas palabras, Peluso se asustó tanto que perdió la pelota de las manos. A punto estuvo de caer rodando al agua.

—¡No, Nock, no! El agua está muy mojada. A mí no me

gusta el agua, eso lo sabe todo el mundo.

Nock lo miró con tristeza:

—¿Acaso tienes miedo de mí?

—No, pero es que en el agua no puedo respirar —exclamó Peluso—. Y yo, además, pertenezco al bosque, tú mismo lo has dicho.

—Si te invito yo, no te pasará nada dentro del estanque negro —dijo Nock—. Anda,



acompañame. Aunque sólo sea esta tarde. Quizás entonces las sílfides dejen de tenerme miedo.

Y Nock se dejó caer en el agua.

—¡Ven! —le hizo señas con la mano—. Ven conmigo y te daré el ala.

«No —pensó Peluso—, no quiero».

Pero en ese mismo instante cerró los ojos con fuerza, apretó la pelota roja contra su cuerpo y saltó al agua detrás de Nock.

Al principio todo era oscuro, húmedo y frío. Después había luz y calor.

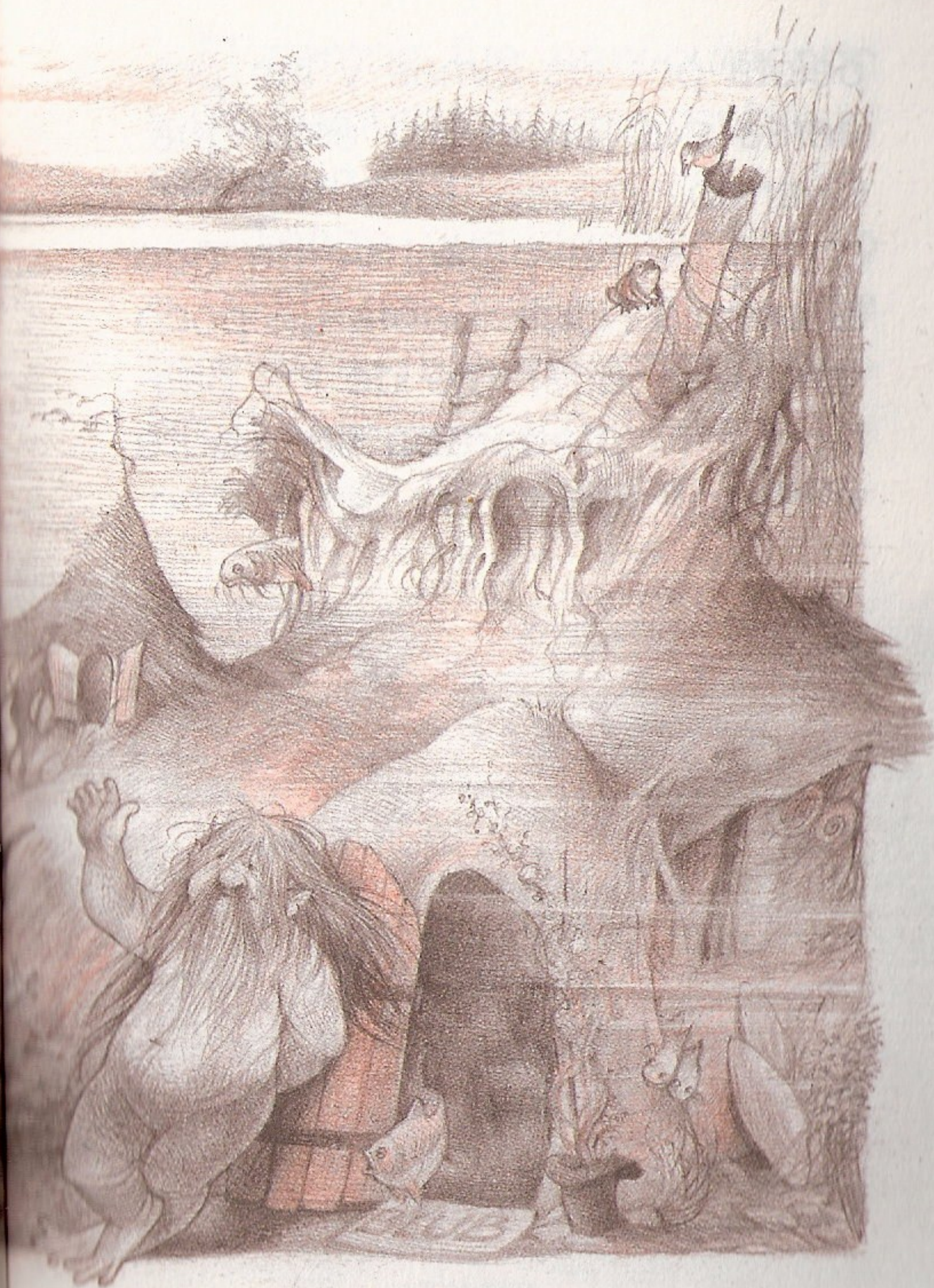
Peluso se encontró delante

de una casa hecha con algas, plantas acuáticas y piedras brillantes.

Delante de la puerta lo esperaba Nock.

—Bien venido a mi estanque negro, Peluso —dijo, y lo condujo a través de los silenciosos cuartos verdes. Le mostró los peces plateados y el jardín de rosas acuáticas. Jugaron a la





pelota por las lomas y las praderas del fondo del estanque. Cuando Peluso tuvo hambre, comió de un pastel verde que le ofreció Nock. Sabía un poco raro. Muy diferente de los pasteles que preparaba su madre y, desde luego, no tan bueno.

El tiempo fue transcurriendo y las sombras cayeron sobre el estanque negro.

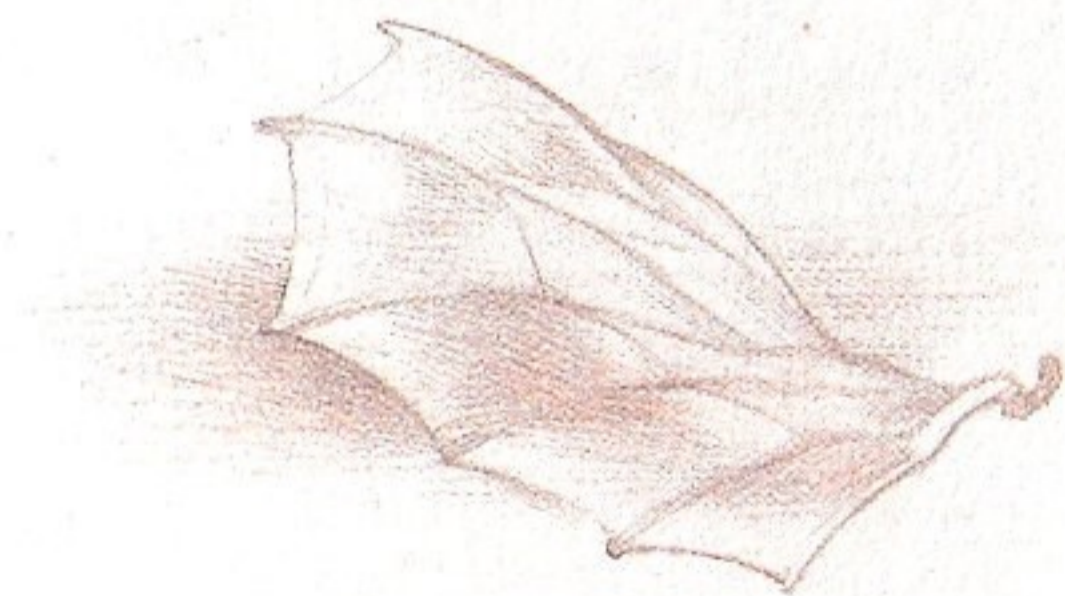
—Tengo que dormir, Peluso —bostezó Nock—. Si te quieres ir, puedes irte. ¿O prefieres quedarte conmigo?

—Quiero irme a casa —con-



testó Peluso—. No estés triste, Nock. Volveré muy pronto.

Nock le acarició la cara con su mano cubierta de juncos. Se hizo oscuro, húmedo y frío. Se hizo claro, seco y volvió el calor. Y Peluso ya estaba sentado nuevamente en la orilla, con su pelota, como si nada hubiera sucedido. Sólo que en la mano tenía un ala transparente como el cristal y brillante como el arco iris: azul, rojo, verde y amarillo...



Peluso se levantó despacio. «Ahora podré volar», pensó mientras se dirigía a la piedra gris en donde le esperaba la sílfide.

—Gracias, Peluso —dijo ésta.

—¿Cuándo podré volar?

—Para volar tiene que estar el sol en lo alto del cielo —contestó la sílfide.

Entonces se sentó junto a ella y le habló del jardín de rosas acuáticas, de las colinas y las grutas que había en el fondo del estanque. Y le contó también que había jugado a la pelota con Nock.

—Nock no es malo —dijo—. Lo único que le pasa es que



se siente solo y triste. Tienes que ir a visitarlo; se alegrará.

La sílfide le prometió que lo haría, y Peluso se quedó con ella hasta que anocheció.

—Mañana podrás volar —dijo la sílfide—. Pero no digas nada de nuestra puerta. Si no, nunca la volverás a encontrar.

En casa, la madre estaba en la cocina. Preparaba tortitas con bayas de arándanos, que le encantaban a Peluso. Esparció azúcar y canela por encima



y, mientras las comía, chasqueaba con la lengua.

—¡Cuánto me alegro que hayas vuelto! —dijo la madre.

Peluso también estaba contento. Hasta que entró tía Gruñidos y dijo:

—¡No hagas tanto ruido al comer!

Entonces comió rápidamente y se fue a la cama.

«Mañana podré volar —pensó—. Quizás vuelva a soñar lo mismo».

Pero soñó con tortitas de bayas de arándano.

Por la noche empezó a llover. A la mañana siguiente continuaba lloviendo.

—Esto durará tres días —gruñó tía Gruñidos.

—Escampará pronto —dijo la madre.

Después de comer, apareció por fin el sol. Peluso cogió su pelota y se puso en camino.

Desde lejos vislumbró la antigua casa de Bruno. Delante de la puerta había alguien con una pelota en la mano.

—¡Bruno! —gritó entusiasmado Peluso. Y echó a correr.

¡Pero no era Peludo Bruno! ¡Era otro Peludo! Y la pelota era de color amarillo.

—¡Hola! —dijo Peludo niño riendo.



—¡Hola! —dijo Peludo Peluso—. ¿Quién eres?

—Peludo Koni. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Peludo Peluso. Bueno, en realidad me llamo Peludo Kale. Pero todos me llaman Peluso. ¿Vives aquí?

—Sí —dijo Koni—. Desde esta mañana.

—Antes vivía aquí Bruno. Esta pelota era suya.

—¿Te gusta jugar a la pelota? —preguntó Koni.



Peluso asintió.

—A mí también.

—¡Ven!

Entonces empezaron a jugar. Mientras corrían detrás de la pelota, Peluso dijo:

—En este riachuelo hay peces. ¿Quieres que te enseñe a pescar? Pero tienes que ir con cuidado, pues entre el lodo hay espíritus burlones, y las brujas de la niebla viven allí. Y si no te escondes a tiempo...

De pronto se acordó de la sílfide.

—¡Me tengo que ir! —gritó, y se fue corriendo.

Corrió hacia los matorrales por donde había desaparecido el carro de la mudanza. Atravesó la puerta verde y la pradera de las flores de miel.

Llegó corriendo al estanque negro. Nock y la sílfide estaban hablando, sentados en la orilla.

—¿Dónde te habías metido, Peluso? —preguntó Nock—. Te estábamos esperando.

—Estaba jugando con Peludo Koni —contestó jadeando—. Vive en la antigua casa de Bruno. Es un poco menor que yo y tiene una pelota amarilla.

La sílfide se levantó.

—Si quieres volar, tendrás que darte prisa —dijo—. El día ya no durará mucho.

—¡Quédate en tierra, Peluso! —dijo Nock haciendo burbujas—. ¡Quédate en el lugar al que perteneces!



Pero Peluso quería volar.

Se puso las alas y el viento lo elevó por los aires. Voló sobre bosques, praderas y ríos. ¡Era tan bonito! Se olvidó del resto de las cosas, incluso de quién era. Voló y voló hasta que se puso el sol y el viento lo trajo de vuelta.

—Has tardado mucho en volver —le dijo la sílfide.

—¡Es que era tan bonito!







—Vuelve mañana —dijo ella—. Y no digas a nadie lo de nuestra puerta, pues, si no, desaparecerá para siempre.

Peluso volvió a casa, atravesando el bosque de abedules y la pradera de flores de miel. De pronto recordó que se había olvidado de buscar a su amigo Bruno.

«Mañana —pensó—. Mañana tendré tiempo de buscarlo».

Su madre salió a su encuentro. Quería saber dónde había estado.

—En el bosque —le dijo Peluso.

—¿Y qué has hecho tanto tiempo allí? —preguntó.

—No sé —contestó.

De cena había flan de frambuesa. Tía Gruñidos no estaba en casa. En la mesa sólo esta-

ban Peluso y su madre. Ella lo acariciaba y a él le hubiera encantado poderle hablar de la puerta verde, de la sílfide y de Nock. Y decirle que había volado... Entonces todo hubiera sido mucho más bonito.

«¡Qué pena que no se lo pueda contar!», pensó.

Al día siguiente, Peluso decidió ir a visitar a la sílfide y se olvidó de su pelota roja.



Delante de la antigua casa de Bruno estaba Koni, saludándole con la mano.

—Hoy no tengo tiempo de jugar —le dijo Peluso—. Como mucho, un ratito.

Treparon a la cabaña que Bruno y él habían construido en un árbol. Hicieron



rabiar a una ardilla y tiraron piñas en las madrigueras de los conejos. Peluso enseñó a Koni el mejor sitio donde encontrar miel. También le mostró dónde dormía el gnomo de los árboles durante el día y dónde vivían los duendes de las cavernas.

Así transcurrió la mañana entera.

—¿Seguimos jugando después de comer? —preguntó Koni.

—No puedo, tengo que ir a otro sitio —contestó Peluso.

—¿Adónde?

Peluso no contestó.

—¡Anda, cuéntamelo! —suplicó Koni.

—Es un secreto —dijo Peluso.

«¡Qué pena que no lo pueda decir!», pensó.

Por la tarde, Peluso volvió a atravesar la puerta verde. La sílfide ya lo estaba esperando. Le prestó sus alas, y el viento lo elevó por el aire. Voló cada vez más alto, adentrándose en la luz. Volaba y volaba y se iba olvidando de todo, incluso de su amigo Bruno, y de que había decidido buscarlo por la tarde.

Cuando el viento lo trajo de vuelta, la sílfide y Nock estaban sentados a la orilla del estanque negro.

—¿Quieres volver a volar mañana? —le preguntó la sífide.

—¡Sí! —exclamó Peluso—. ¡Todos los días!

—¿Todos los días? ¿Desde el amanecer hasta el atardecer? ¿Y olvidarte de todo lo demás?

Peluso asintió.

—¡Tonterías! —murmuró Nock. Pero la sífide dijo:

—Mañana vendrán mis hermanas. Te regalaremos unas alas y entonces podrás volar todo lo que quieras y te volverás transparente como nosotras.

—¿Transparente? —y Peluso rompió en una carcajada—.



Bruno se quedará patidifuso. Y Koni, también.

—¡No hagas eso! ¡Di que no! —protestó Nock.

—¡El que quiera volar, debe volar! —protestó la sífide.

Allí estaban sentados al sol, mientras el agua negra brillaba y el viento traía el aroma de las flores de miel.

Peluso aspiró profundamente.

—¿Y qué es lo que comen las sífides? —preguntó.

—Nada. Las sífides no necesitamos comer.

—¿Y dónde están vuestras camas?

—En ningún sitio. Las sílfides no necesitamos camas.

—¡Pues vaya! —exclamó Peluso sorprendido. ¡Con lo que a él le gustaba comer! ¡Con lo que a él le gustaba estar en la cama! No podía comprender cómo era posible vivir feliz sin disfrutar de ambas cosas.

—¿Y mi madre? Si me vuelvo transparente, ¿ya no me verá más mi madre?

—Si te haces transparente, ya no necesitarás más de tu madre —dijo la sílfide—. Ni de tu madre, ni de tía Gruñidos, ni de Peludo Bruno, ni de Peludo Koni. Entonces sólo querrás volar y volar durante todo el día.

—¡Pues vaya! —volvió a exclamar Peluso sin acabar de entender lo que le estaba diciendo la sílfide.

Nock se dejó caer al agua. Antes de desaparecer por completo, volvió a saludar una última vez con su verde mano cubierta de juncos:

—Quédate en el lugar al que perteneces, Peluso —dijo.

—¡Cada cual debe estar donde quiera estar! —gritó la sílfide.



Aquella noche, la madre y tía Gruñidos fueron al bosque. Salieron a buscar unas hierbas nocturnas que eran buenas para la tos, para los dolores de estómago y para los malos sueños.

Peluso, tumbado en la cama, pensaba en muchas cosas. Pensaba en la puerta verde. Pensaba en Nock, que vivía en el estanque negro. Pensaba en la sífide, que estaría durmiendo en cualquier lugar, quizás encima de unas flores de miel o sobre una piedra gris. ¡La sífide transparente!

«Muy pronto yo también seré transparente —pensó—. ¿Será bonito dormir sobre una piedra

gris? Seguramente, aunque debe de ser una cama bastante dura. Y fría. Pero volar... ¡eso sí que es bonito! ¡Lo más bonito que puede existir en el mundo!».

Al cabo de un rato Peluso se levantó. Se puso el pantalón y se fue hacia la antigua casa de Bruno, que ahora era la casa de Koni.

—¡Koni! —gritó—. ¿Ya estás dormido?

Koni asomó la cabeza por la ventana.

—Todavía no. Espérame, que bajo.

Se sentaron a la linde del bosque y se pusieron a contar estrellas.

—¡Cuántas estrellas! —dijo Koni—. Cada vez hay más.

Peluso callaba.

—¿Ya no quieres seguir contando?

Peluso no respondió.

—¿Piensas en algo? —preguntó Koni.

Peluso asintió.

—¿En algo bonito?

—En mi secreto —dijo Peluso.

Koni se arrimó más hacia él.

—Tú eres mi amigo, ¿no? —dijo.



—Tú también eres mi amigo —dijo Peluso—. Igual que antes lo era Bruno. En realidad ya no hace falta que lo busque, porque te tengo a ti. Pero si te cuento lo de la puerta verde, nunca más la volveré a encontrar y entonces ya no podré volar. ¡Y volar es tan bonito...!

Asustado, se llevó rápidamente la mano a la boca.

—¡Ya te lo he contado! —musitó.

Se levantó de un salto. Corrió a través del oscuro bosque hacia el lugar en donde había visto por última vez a Bruno.

La luna iluminaba los árboles y los arbustos.



¡La puerta había desaparecido! La puerta verde, la pradera de las flores de miel y los abedules...

—¡Sífide! —gritó Peluso—.
¡Sífide!

Nadie contestó. Todo permanecía en silencio.

—¡Sífideeee! —volvió a gritar Peluso una vez más.

La sífide no contestó.

Entonces Peluso se sentó sobre la hierba y empezó a llorar.

—No estés triste —le dijo Koni—. Mañana volveremos a jugar juntos.

Pero Peluso siguió llorando. Corrió hacia su casa. Se metió en la cama y siguió llorando.



—Todo se arreglará —dijo su madre.

Lo acariciaba suavemente. Lo acarició durante mucho rato. Y, finalmente, se durmió.



El tiempo fue transcurriendo. Llegó el otoño, llegó el invierno, la primavera y otra vez el verano. Peluso dejó de estar triste. Comía y bebía y dormía.



Jugaba con Koni, se divertía y se enfadaba mientras iba aprendiendo a ser mayor.

Pero lo que nunca olvidó fue la puerta verde, la pradera de las flores de miel, Nock, el del estanque negro, y la sílfide.

Y a veces, por la noche, soñaba que volaba. Volaba sobre los bosques, las praderas y los ríos, cada vez más lejos, hacia la luz...

¡Y eso sí que era bonito!

